

se desvela hasta encontrar el último peso, que no parecía en los libros de la contabilidad, pero que sí se hallaba en la caja fuerte de la negociación; allí donde el capital suficiente, manejado con habilidad y con prudencia, acude siempre, en el momento oportuno, á fecundar los puntos vitales de tan hermoso y complicado organismo; allí, por último, donde se estudia, se prevé y se organiza; nunca, donde se venden y compran las acciones de los negocios de minas, con el mismo entusiasmo irreflexivo con que algunas personas van hasta el sacrificio por la adquisición de los billetes de lotería; nunca, tampoco, donde en medio de las tinieblas de la ignorancia, se está siempre en espera de escuchar los cantos de la bonanza, ó de percibir al fin alguna de las manifestaciones de esa deidad, tan negra, que denominan azar.

Con esta profunda convicción será menor de día en día el número de los mineros mexicanos que se dejen seducir por doradas ilusiones, y tendrán siempre presente que no son ellas tan hermosas como no son tristes ni áridas las realidades, y que es la verdad, unión imperecedera de las apariencias y del fondo, la que es bella, la que es fecunda, la que es

consoladora. Esa verdad será el cimiento incommovible de la futura grandeza de la minería mexicana, que desde los remotos tiempos de los primitivos pobladores hasta el momento actual ha venido consolidándose y engrandeciéndose, hasta convertirse en el faro que guía hoy los pasos desembarazados y firmes de la industria principal de la República.

Para verla en acción, estudiarla y convenirse de que debe ser la única guía, hay que comenzar á mirarla en la época azteca, seguirla en la colonial, sorprenderla en la independiente y contemplarla en los últimos treinta años de paz, de seguridad y de progreso.

Hay que admirarla, por último, iluminando espacios crecientes, con su luz cada día más clara, en los albores del siglo XX.

Y para ello, conviene dividir este estudio en las cuatro secciones indicadas: época precortesiana; época colonial; época independiente; época actual.

## I

### PERIODO PRECORTESIANO.

No se conoce sino en sus líneas generales esa época misteriosa y legendaria de nuestro

país; pero el estudio de lo realizado en aquellos tiempos remotos, nos es indispensable para medir con alguna precisión los adelantos actuales de la minería nacional.

Y lo es en éste, como en todos los otros ramos, porque sólo así puede estudiarse la transformación progresista que en las múltiples esferas de la actividad humana van causando el clima, la raza, la herencia, la educación, el talento, la instrucción y las relaciones de cada grupo con todos los demás de la sociedad humana.

Tan sólo de esa manera podemos arraigar aún más en nuestra mente la convicción consoladora de que si es verdad que estamos subordinados á leyes naturales, no es menos cierto que, á medida que va engrandeciéndose la inteligencia del hombre, menos difícil le es llegar á modificar en su intensidad, y en el sentido conveniente, las prescripciones de esas leyes.

Y apoyándose entonces en ellas, en el punto preciso y en la dirección escogida, puede continuar con más desembarazo su vuelo hacia la región elevada en que se halla la ley reguladora de todas las demás, la ley de las leyes, la del progreso incesante.

Felizmente, el estudio de aquella época está ya hecho, y forman legión los sabios que se han dedicado á esas interesantes investigaciones y nos han dado á conocer sus resultados; arqueólogos é historiadores han pugnado y bregan aún por iluminar aquella obscuridad, y en parte y á las veces lo consiguen.

La primera noticia de la existencia del oro en el país de los aztecas, fué recibida por los españoles al desembarcar en el sitio en que después fundaron la antigua Veracruz.

Hernán Cortés, el conquistador, recibió al pisar la tierra mexicana las magníficas y exquisitas joyas de oro finísimo que con su saludo de bienvenida le envió desde Tenochtitlán, sugestionado por la tradición, el desgraciado emperador Motecuhzoma. Así describe el hecho, con encantadora sencillez, el soldado narrador Bernal Díaz:

“Lo primero que dió el cacique enviado, fué una rueda de hechura de Sol, tan grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino, gran obra de mirar, que valía, á lo que después dijeron, que la habían pesado, sobre veinte mil pesos de oro.

“Otra rueda, de plata, figurando la Luna con muchos resplandores y otras figuras en

ella, y ésta era de gran peso y valía mucho, y trajo el casco lleno de oro de granos crespos como lo sacan de las minas, que valía tres mil pesos.

“Aquel oro del casco tuvimos en más, por saber cierto que había buenas minas, que si trujeran treinta mil pesos.

“Más trujo veinte ánades de oro, de muy prima labor y muy natural, é unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro figuradas de hechura de tigres, y leones, y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima, é otros pinjantes, é doce flechas y arco con su cuerda, y dos varas como de justicia; de largo de cinco palmos.

“Y todo esto, de oro muy fino, y de obra vaciadiza; y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes, y otros de plata y aventadores de lo mismo: pues, venados de oro sacados de vaciadizo: é fueron tantas cosas, que como ha ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo.”

Resulta, pues, con toda claridad, de esta sencilla y natural descripción, que los aztecas no sólo conocían los metales preciosos y los explotaban, sino que sabían trabajarlos como artistas de orfebrería

Valiéndose de la mayor densidad del metal, separaban el oro de los terrenos sueltos de aluvión, por medio del lavado. Pero no sólo explotaban el oro nativo de los placeres superficiales, sino que sabían extraer de las vetas, minerales auríferos y argentíferos, ejecutando al efecto los trabajos convenientes, por medio del fuego, á tajo abierto y á pequeña profundidad.

Otros historiadores aseguran que no se conformaban con eso, y que teniendo instrumentos propios para atacar la roca, practicaban galerías, formaban pozos de comunicación y sabían ejecutar las obras necesarias para la ventilación de las labores. Pero, de todas maneras, lo que aparece probado es que tenían conocimientos en la preparación mecánica de los minerales y en el arte de la fundición.

En efecto, pagaban los tributos, ó con pepitas de oro nativo, en sacos de cuero ó en pequeños cestos de junco, ó en polvo, más ó menos grueso, colocado en cañones de plumas, que por su transparencia permitían ver el contenido metálico; ó bien, con el metal amarillo fundido en tejos.

Por otra parte, consta que el noble y generoso Motecuhzoma regaló á Bernal Díaz tres

tejuelos de oro; que, matando el tiempo con Cortés, en el juego llamado *totologue*, consistente en arrojar bolitas de oro sobre tejos del mismo metal, procuraba perder para tener ocasión de dar, y en una sola tarde dió hasta cincuenta tejuelos de oro.

Por último, que habiendo escuchado una vez las expresiones injuriosas que contra él profiriera un marinero español, le mando llamar, le reconvino con dulzura y le regaló una joya de oro.

Todas estas aserciones de Díaz del Castillo figuran también en la interesante obra *La riqueza minera de México*, del distinguido ingeniero de minas D. Santiago Ramírez.

En cuanto al aspecto artístico de la orfebrería azteca, puede consultarse con todo éxito la gran obra de D. Antonio Peñafiel: *Monumentos del Arte mexicano antiguo*.

Para este esbozo basta recordar que en las principales ciudades del Anáhuac se fabricaban vasos y joyas de oro, el metal predilecto de los aztecas, y á veces también de plata.

Desde su llegada, como cuenta Bernal Díaz, y más tarde, cuando entraron en la capital de los aztecas, no se cansaban los españoles de admirar la habilidad de los joyeros; y en-

tre éstos los que mayor reputación alcanzaron, hasta llegar á la celebridad, por la belleza artística de sus creaciones, fueron los orífices de Atzacotalco y de Cholula.

Como en la llegada de los rostros pálidos y barbados creyó ver el Emperador el cumplimiento de las profecías de Quetzalcoatl, obligó á la nobleza á prestar homenaje al rey de España. La cantidad de metales preciosos que, sobre todo en objetos de adorno, fué entonces ofrecida al conquistador, "se valuó en la suma de ciento sesenta y dos mil pesos en oro."

"Todas las joyas,—dice Cortés en su primera carta á Carlos V,—de oro y plata, y plumajes, y piedras y otras muchas cosas de valor, que para V. M. yo asigné, y aparté, podrían valer cien mil ducados, y más suma; las cuales de más de su valor, eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza no tenían precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo, de quien se tiene noticia, las pudiese tener tales y de tal calidad.

"Y no le parezca á V. A. fabuloso lo que digo, pues es verdad que todas las cosas creadas, así en la tierra como en la mar, de que el dicho Moctezuma pudiese tener conocimien-